

CHIVO LOCO

CAPITULO I

LA CASA DE LA FRANCESA.

Amendo aquel que el paso del tiempo, solido a escuchar ni triste historia, la sinrazon que a la razon se impone, una oscuridad la cubren es bella, que quiza el paso del caballero cristiano, por los laberintos de la fantasia. Buen lirico aunque escaso, intuye, siempre resultara ser un destino bastante incommo, para quien hubo ~~que~~ de sufrirlo. Mas ~~mas~~ por resultado, todavia dentro de la sociedad merceda en que vivo vivir, cuando ya anudados el nuevo siglo, por El Boletín mercantil, elegia a la muy noble y muy leal ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico, capital de la tierra que me, vio nacer.

No fue, por falta de ayuda, que muy generosa me la brindara siempre, ni bien armada con don Angel Serapim de la Ribera y Mongil; ni por falta de consejo, que muy limpio y alivador me los diera, ^{en todo momento,} el sabio rector del Colegio de San Pablo; ni por haber cerrado los ojos al mundo de medio pelo donde con tanta mudencia bulgura mi modesta alma de pequeño rentista, que mi vida no elegiera a ser como esas otras vidas doradas, por la fama o la fortuna. Habiendo nacido señor, por uno de esos accidentes impredecibles que tiene la vida, puse gran empeño en imitar a mi señores, con la imitacion de aquellas virtudes ejemplares, que algunos me dijo me dijo, heredamos los señores de los porrios de circulos de Cristo. Por ello, ante la avaricia, fui parco; ante la soberbia, manso; ante la luxuria, casto. Hoy sé que la virtud nada concede, al tanto que me empeña en la perfidia de confundir al cielo con la tierra. También sé que la fama es musa con nate de calura, que gusta de bailar con quien mejor arrieta, remitiendo al resto de los mortales a la elegia de los ruinas trágicas. Mayo la bodega del apeto me informo,

C H I V O L O C O

Capítulo I

L A H E C H I Z A D A

Aprenda aquel que el paso detuviere, solícito a escuchar mi triste historia, la sinrazón que a la razón se impone, para oscurecer la cándida estrella que guía el paso del caballero cristiano, tanto por los vericuetos de la realidad como por los laberintos de la fantasía. Buen linaje aunque escaso potaje, siempre resultara ser un destino bastante incómodo para quien hubo de sufrirlo. Más peor resultaba todavía dentro de la sociedad mezclada en que me tocó vivir, cuando ya anunciando el nuevo siglo por El Boletín Mercantil, llegué a la muy noble y muy leal ciudad de San Juan Bautista de Puerto Rico, capital de la tierra que me vió nacer.

No fué por falta de ayuda, que muy generosa me la brindara siempre mi bien amada tía doña Angela Serafina de la Ribera y Monjil; ni por falta de consejos, que muy limpios y atinados me los diera en todo momento, el sabio rector del Colegio de San Pablo; ni por haber cerrado los ojos al mundo de medio pelo, donde con tan prudente pretensión ~~honestamente~~ holgara mi modesta alma de pequeño rentista, que mi vida no llegara a ser como esas otras vidas doradas por la fama o la fortuna.

Habiendo nacido señor, por uno de esos accidentes impredecibles que tiene la vida, puse gran empeño en pulir mi señorío con la práctica de aquellas virtudes ejemplares, que alguien me dijo, heredamos los señores de los propios discípulos de Cristo. Por ello, ante la avaricia, fui parco; ante la soberbia, manso; ante la lujuria, cauto.

Hoy sé que la virtud nada concede al tonto que me empeña en la porfía, de confundir el cielo con la tierra. También sé que la fama es musa con pata de cabra, que gusta de bailar con quien mejor apriete, remitiendo al resto de los mortales a la elegía de los poetas trágicos. Bajo la bóveda del afecto, fui informado por el único bachiller de la familia que me antecede, que la fortuna solo entrega sus favores a quien tenga pico de cuervo. Desposando al candor con la malicia y amancebando a la sagacidad con el desprecio, he llegado a descubrir, que la razón oculta de cuanto sucede, es hila para un largo y paciente hilar, un cavilar sobre lo tantas veces cavilado, un atar de las plumas tiradas al viento por la maledicencia humana.

Decidido a dejar noticia crítica de la sociedad en que me tocó vivir, pretendí escribir unas memorias. A tiempo acudió la modestia en auxilio del entendimiento para hacerme comprender, que ~~esta~~ vida tan desdorada co-

mo la mía, no se prestaba a tal género de narración, a menos que no estuviese dispuesto a inflar la memorabilidad con la vanidad. Después de la santiaguda de rigor, decidí escribir una novela; género éste más apropiado, para acomodar el destino precario al gusto del novelante, donde se pueden desatar las pequeñas anécdotas de la realidad por el afán de volverlas a atar sin más lógica, que esa admirable lógica de la irrealdad, que conocemos por poesía.

Ya puesto en el afán de novelar, observé con más deleite que desazón, que a la razón oculta de cuanto sucede, se ve más noblemente reflejada en el rostro ajeno que en el propio; que el arte de novelar es un arte apropiado para buscar la paja en el ojo ajeno. La vida ajena solo nos pertenece a medias, porque los seres humanos vivimos mitad a la luz y mitad a la sombra, lo cual nos permite imaginar, sin más compromiso que el capricho, aquella parte de la vida que todos guardan para sí. La vida propia, por el contrario, no se presta al lindo juego de improvisación que necesita la novela, para que todo resulte cosa más de invención que de historia.

Después de enflaquecer notoriamente, paseando mi angustia de literaturizante entre las paredes opacas

de la vigilia, comprendí que el novelista debe considerar a su yo como un imán que todo lo atrae pero al cual todo le es ajeno, como un yo metafísico capaz de transportar el tiempo en que vive hasta un entre-tiempo jamás vivido, o colocar el espacio en el fondo del éter; un yo despersonalizado, que puede transformarse en otro yo distinto a la menor provocación. No espere el lector que incurra en la inefable falta en que han incurrido algunos de los peregrinos ingenios, que en el arte de novelar me han precedido, de considerarme como un nuevo Polifemo, con su caverna alumbrada por el terrible ojo del profeta, o de pintarme como ameno y variado paisaje, donde tal parece que el resto del universo queda cautivo a la vanidad del novelante. Te prevengo, lector, que ésta es tu novela y no la mía, aunque una razón de oficio me obligue a aparecer en ella, como el único vapuleado, en esta tragedia vulgar que vivimos los seres humanos, de buche largo y bolsa flaca.

Párrafo

Desde niño supe que el mundo al cual pertenecía, estaba condenado a dar un estallido y a desaparecer en el fondo del mar. Yo se lo dije a todas las personas mayores de la casa. Se lo dije a mi padre, quien

me recomendó inundarme bien de barriga con aceite de bacalao. Se lo dije a mi madre, quien me aconsejó darme nueve baños de mar y trescientos cincuenta y seis de tina. Se lo dije al señor cura, quien me impuso por todo un verano una novena de Santa Mónica. Viendo la indiferencia de los seres racionales ante la inminencia del cataclismo, decidí comunicarle mi hallazgo a otros seres de menor autoridad pero de oreja más respetuosa. La esclava Lucía me confesó que una madrugada en que se levantó ~~a buscar clavellina y aceitunilla~~ a buscar clavellina y aceitunilla para su venda de vieja, vió una estrella con rabo tan cerca de la tierra, que cayó al suelo sin sentido. La lavandera Monsona Gracián me admitió que el agua se había puesto más gruesa y me enseñó sus manos cuarteadas por un paño sanguinolento. La Pitaña tuvo que reconocerme, que ahora los hombres eran más brutales que antes, por lo cual ella había decidido retirarse de la prostitución, tan pronto llegara a los catorce años.

Consultado el caso con un chifletas que solía adosar su borrachera a la tapia que daba al Callejón del Ahorcado, el sabio hombre me explicó, que los malos pensamientos no volaban por los aires, como esas

inaprensibles formas etéreas que suponíamos poblaban el fondo del éter, sino que rastreaban sobre la tierra, como esos inimaginables monstruos ciegos que sabíamos ocupaban el fondo de la tierra. Con su palabra de visionario me contó, que una noche, al dar un traspié en el borde de la cuevilla de un juey, pretendió sacar el juey de la cueva, para vengarse del agravio, pero al asomarse por el roto, vió a un raton del tamaño de un becerro con dos candelitas en los ojos. Para el chifletas era evidente que tan pronto volviera a temblar el globo terráqueo, los monstruos que ocupaban el fondo de la tierra saldrían a la superficie, para devorar a los hombres.

Ah, pero yo mientras fui niño, no tenía nada de bobo. Pegué la oreja en tierra y no me separé de ella, hasta que yo mismo sentí el pasito de la pitona en el fondo de la tierra. También lo sintió mi perro, pues cuando eché a correr como un loco, detrás corrió mi perro como una exhaltación. Al llegar al hueco de las escalera nos estiramos sobre el suelo, tensos y anhelantes, a esperar la bola de fuego que habría de incendiar la atmósfera o el coletazo de la serpiente que habría de volcar el globillo

del mundo en el fondo de la mar.

Yo todo lo sabía pero nadie quería hacerme caso. Por un escrúpulo de conciencia colectivizado hasta los irracionales, traté de amaestrar a mi perro para que pudiera salvarse del cataclismo. Algunas veces me le descolgaba desde las gargolas del cuarto de plancha, envuelto en una sábana amarilla, convertido en un bolido celeste. Otras veces me arrastraba frente a él con una aparatosa trompa de cartón, dando resoplidos cavernarios. Otras pegaba un grito terrible y salía corriendo como un desesperado hasta el hueco de la escalera. Nada, el lanudo ladraba alegremente, patéticamente divertido. No pegaba la oreja en tierra hasta que yo la pegaba. No corría a menos que yo corriera. Un día tuve la desgracia de pisarle el rabo en uno de mis meteróricos descensos; lanzó un grito lastimero y salió huyendo hacia un horizonte inatrapable. Me quedé solo, profundamente solo, ~~dentro de~~ ^{rodeado por} una humanidad escéptica ~~dentro de~~ ^{dentro de} la cual nadie podía comprender nada. Ah, pero caro habían de pagármela.

Una noche se escuchó un grito sordo en la planta alta de la casa. Impelido por la melodía de un impulso largamente amaestrado, me refugié en el hueco de la es-

calera. Desde allí ví como trepaban las sanguijuelas por el pasamano y como escalaban las ollas de agua hirviendo la planta alta. Después sentí pasos de pata gorda y pasitos de patita temblorosa caminando sobre mi cabeza, ~~vacuando~~ la cantilena llorosa de la servidumbre me hizo descubrir la triste nueva: había muerto aquel que quería inundarme la barriga con aceite de bacalao. Cuando vino a buscarme mi madre, todavía no le habían podido desprender las sanguijuelas de las piernas. Yo le besé la frente, las mejillas, las manos y me quedé un largo rato meditando en el hueco de su almohada. Ah, si me hubieran hecho caso. Sin duda una araña peluda del tamaño de un milano, lo había picado mientras dormía. Todos los enemigos del hombre estaban en el fondo de la tierra. Estaba seguro que si bajaba al jardín, encontraría el hueco por donde había salido la alimaña.

Cuando volví a verlo al otro día, parecía dormir en un cofre de palo de rosa, envuelto en su toga de abogado, con la cruz del mérito civil colgada del cuello y sus bucles castaños bien alisados. Unos señores vestidos de levita musitaban elogios y sentires y unas viejas con dientes de castañuelas, no le daban tregua a los misterios y a las avemarías. Yo me pasé todo el

día con un fuerte dolor de barriga, como si se me hubiera podrido dentro del saco, el aceite de bacalao que el difunto me había obligado a ingerir. Al ^{entrar en la improvisada carilla ardiente,} cada una de mis primas me besaba a dos carrillos, dejándome parte de la moquera pegada en el cachete y cada una de mis tías me tomaba un rato en la falda. De pronto, sentí sobre mi hombro una mano que parecía tener uñas de urraca y desde mi primer susto de huérfano, vi a una mujer de impresionante belleza, que me besó en la frente y me hizo sentar sobre una falda vidriosa. Era una de esas muchas tías que uno tiene en el mundo sin saber de donde salen. Después pude notar, según iba acariciándome los cabellos, que aquella garra podía convertirse en una mano bastante aceptable para el susto de un niño. Mi madre Párrafo no pudo levantarse a prodigarle el postrero adios a su marido y a mí no me permitieron formar parte del cortejo fúnebre. Pero yo sabía cuanto tendría que suceder: tendrían que rociar el cuerpo con agua bendita, tirarle encima unos cuantos latines; después, los parientes darían grandes voces para avisarle a los familiares de la otra orilla que fueran a esperar el difunto en el limbo; más tarde, habría que empujar el cofre por la hornacilla y tapiar rápidamente la abertura, para que los monstruos ciegos que ocupaban el fondo de la tierra, no se aprovecha-

ran del resquicio.

Hubos dos años de luto e interminables sufragios por el alma de mi padre. Yo sentía como mi casa se iba hundiendo poco a poco. Algunas noches la sentía estremecerse, como si ya estuviera suspendida del lomo de un dinosauro. Primero, se rompieron los tragaluces; después, cayeron al suelo las persianas; por último, se derrumbó la tapiería del jardín. No hay cosa peor que cuando las telarañas se dan cuenta que la señora de la casa se ha quedado viuda. Sobre todo, si la viuda es una de esas mujeres bravas de corazón blandito, que les da por acunar sus celos de casada con un sufragio lleno de amoroso remordimiento. Yo, viendo tanto ojo con sueño y tanta cintura con flojera, decidí subirme el calzón hasta donde más me lo permitiera el costurón, para salvar a mi madre y si posible, salvarme yo con ella.

Por la noche atrancaba puerta tras puerta, ventana tras ventana, tratando que no se me colara otra alimaña dentro de la casa. Cuando llegaban los murciélagos a tiznarme el encalado, les caía a escobazos con tal furia, que todos decidieron mudarse a la casa vecina. Si alguno descendía atontado, lo obligaba a fumarse las tagarninas del cochero. Dejé cojo a cuanto gato pretendió lustrarse el lomo con la manteca de mis chorizos y obligué a la

esclava Lucía a dormir en su hamaca, acompañada por un muñeco de brea forrado en piel de ratón, que le había preparado un ^{guachimán} ~~muñeco~~ de Curazao. Así por algún tiempo, pude cargar sobre mis hombros la casa de mis mayores.

Ah, si me hubieran hecho caso. Desde el mismo día que las descubrí, empecé a convencer al jardinero para que talara aquellas agoreras estefanotas. El jardinero no quiso tomar recado de mi aspaviento pero yo sentía como el olor de la estefanota iba envenenando toda la casa. El segundo grito que salió de la planta alta lo escuché desde el hueco de la escalera. Los acreedores de mi madre le dieron nueve días al administrador de mi padre, para que el huérfano pudiera llorar la muerte de su madre, en el mismo sitio donde dos años antes, había llorado la muerte de su padre. Yo me acurruqué en el hueco de la escalera, sin mudar palabra con nadie, dispuesto a no dejarme desalojar hasta después de muerto. Algo vió en mis ojos el administrador que no le gustó, pues lo ví persignarse disimuladamente.

Camino ya del otro mundo, sentí sobre mi hombro una mano de urraca con piel de ante, que me puso en pié antes que el sollozo me llegara al bembe:- tate, tate, esa mano la conozco yo,- Era mi tía doña Angela

Serafina de la Ribera y Monjil, quien regresaba del cementerio en busca de una tutela, dos veces otorgada por testamento:

-¿Qué hacemos con la casa, señora?-, se atrevió a musitar el administrador.-

-Péguele fuego tan pronto mi notario recoja los réditos.-

-Se hará como la señora ha ordenado.-

La entrada en la casa de mi tía me pareció algo así como la entrada en un paraíso terrenal. Yo no hubiera podido decir que era una casa más ^{grande} ~~grande~~ que la casa de mis padres, aunque indudablemente era una casa más lujosa. Lo que me gustó desde el primer momento, fué la pisada firme de una autoridad que siempre había visto cojeando en mi propia casa. Las fámulas de doña Angela Serafina contaban los padrenuestros usando las plumas del plumero como rosario. Tan pronto llegamos, mi tía llamó a la servidumbre y con una gran formalidad les advirtió:- este jovencito es mi sobrino y desde esta noche deben ustedes obedecerlo como si fuera el señorito de la casa.- Todos se inclinaron, menos un señor alto vestido con un casimir encerado, quien colocó una mano sobre mi cabeza. Otras manos afectuosas, aunque bastante comedidas, cargaron conmigo hasta el comedor, poniendo

el alcance de mi estrago un sopón de carne de garrón con yautía calleja, unas mollejas fritas sobre un lecho de arroz con tocino y cuatro merengues dentro de una copa de leche:

-Ahora, a la cama, galán, a sacudir la sueñera vieja que debes traer.-

-Quisiera despedirme de mi tía.-

-La señora está orando en sus habitaciones por tu bendita madre. Ella nunca confía en el sufragio que se reza en compañía de beatas y masones.-

La habitación que me dieron resultó demasiado grande para mi terror de huérfano. Ama Maricrú se dió cuenta del susto que me cabalgaba de la cintura hacia abajo y se puso a calentarme los pieses con sus manos de vieja y a contarme cosas de la tropa española y del naufragio del vapor Barcelona. Antes que me durmiera, prometió llevarme a la hacienda de mi tía. En la hacienda había becerritos color caramelo y gallinas andaluzas, un cuarto de máquinas con arcos conventuales y un horizonte de mar escondido entre los uveros. El ronquito acompasado y discreto que venía de una habitación próxima a la mía, acabó por tranquilizarme.

Bien vestidito amanecí al día siguiente, con algunas cosas que estaba seguro no llegaron caminando en mi baulito de niño pobre, incluso con reloj de cadena y dije esmaltado, botonadura de plata para el bom-

bacho y un par de botas nuevas. Bajé al comedor buscando esa frase que nunca encuentran los niños cuando tienen que presentarse ante un grupo extraño. Pero quien me salió al encuentro, cascabeleando su cariño de vieja, fué el ama de la noche anterior:

-Y mi tía, señora, tengo costumbre de esperar.....-

-La señora sale al amanecer y no vuelve hasta la anochecida. Me pidió que te diera dos huevos crudos y pan con manteca. ¿Café o chocolate?-

-Chocolate.-

Durante toda la mañana caminé por aquella casa con esa voracidad extraña del niño que necesita organizar un mundo aparte del mundo que habitan sus mayores. Tenía que buscarme un rincón donde pudiera esconderme, antes que llegara la parentela lustrosa o presentaran tarjeta las amistades finas de la casa. Estaba dispuesto a no sentarme en ninguna otra falda que no fuera la falda de mi tutora, ~~que~~ que ninguna solterona con nariz de cotorra, pudiera soplarle la moquera junto a mi cachete. El rincón lo encontré en una salita angulosa de la planta alta, entre el oratorio y el cuarto de costura. Allí dormía el gato de la casa, demasiado harto de carne roja para que le preocupara la caza del arrierillo. Al verme entrar, levantó su cabeza maltesa

con la beatitud del doctrino dedicado al piadoso culto del obeso Fray Benito. Yo le hice una carantoña con la mano y el animalito cerró los ojos para continuar su ensueño.

Después me puse a repasar las puertas y las ventanas, con idea de tapiar cualquier resquicio por donde pudiera colarse alguna de aquellas alimañas misteriosas que habían decidido amargarme la niñez. La exploración me dejó bastante tranquilizado. Las puertas eran de roble con marcos de ausubo, cada una con dos hojas de persianas interiores. Tenían correderas de hierro y trancas de castaño. Había ventanas ciegas con persianas fijas, pero detrás de primorosas rejas. Ahora me explicaba por qué mi tutora se sentía tan segura dentro de su casa.

La casa de mi tía le pareció a mis ojos de niño, uno de esos paisajes cromáticos medio hundidos entre el asombro y el susto. Yo había nacido en una casa, donde el ardor religioso de mi madre se había unido al escepticismo de mi padre, en una ^{misma} ~~una~~ ^{ram amarillada} ~~l~~afán de recato, ~~de~~ ~~todo~~ todo el contorno hogareño. Las persianas de la casa tenían la encomienda de mantener fuera del alcance de las miradas ajenas, la tragedia de una familia pobre pero orgullosa. No había un solo canario en la galería ni una ola flor en el parterre.

Todos los muebles eran pesados y opacos. Pero en la casa de mi tía el mundo estaba organizado de una manera distinta.

La impresión que daba era la de un museo, o tal vez, una casa ideada por un coleccionista, una casa para ser habitada por esos seres circunspectos, que saben andar con la fugacidad de un fantasma. No había un solo claro donde un niño pudiera dar una voltereta, o acodarse frente a la bisutería o correr tras el gato de la casa. Yo me senté en el primer peldaño de una escalera, pulida hasta el espejismo, a dolerme de mi nuevo espacio. Todo parecía dormir un sueño distante y complicado. El pajarito mecánico de un reloj bizantino me obligó a mirar hacia la única pared, donde ondulaba un poco de vida.

En esta pared había un retrato de mujer enmarcado en una talla de madera, con un pletórico lomo de hojas de acanto. Un ocaso medio escondido tras unas cuantas pinceladas débiles, hacía resaltar la figura de una mujer de notable belleza. Su escote redondo dejaba los hombros desnudos y la línea del cuello desaparecía bajo un haz de rizos sensuales. Cosa extraña, aquella mujer era la única imagen viva en un mundo sumergido en una tiniebla mágica. Por el traje que lucía pude comprender.

que la dama había pertenecido a una sociedad distinta a la sociedad de mis mayores. Sin duda aquella mujer era una fuente de ejemplaridad para mi señora tía. No había más que mirar el aletero de ébano con una violetera de plata colmada de miosotis, colgado debajo del retrato, para descubrir el silencioso culto a un abolengo humano magníficamente dotado. Un par de vasos votivos llameaban su tibio resplandor sobre una carne arrogante. Todo aquel mundo suntuario parecía ordenado para recreo de los ojos de la dama del retrato. Hasta el pajarito mecánico había decidido prestarle su gorgceo a la señora, para que ésta siguiera imponiendo una autoridad sobrenatural sobre toda la casa.

Yo me puse a contemplar aquel retrato con la cautela del ^{niño} perdido que todavía no había podido explicarse el destino adverso que le ha tocado vivir. Había cierta contradicción dramática entre aquellos ojos tristes y aquella boca voluntariosa. Con los ojos parecía amar todo lo que su boca desdeñaba. Si la hubiesen cortado los rizos y subido los encajes del escote hasta el mentón, hubiera podido ser una de aquellas abadesas que sabían mirar al cielo con humildad y a la tierra con desprecio. Pero vestida de dama mun-

dana, la mirada parecía soñar frente a la miseria de un mundo acobardado y la boca se veía dispuesta a descender al infierno ^{por} para satisfacer cualquier capricho. ¿A quien se le habría ocurrido colgar aquel retrato cerca del pajarito del tiempo? Era como si todos estuviéramos obligados a pensar en la señora, cada vez que sonara el cuarto de hora.

Con mi alma de niño un poco alborotada, fui a refugiarme en la habitación donde había dormido la noche anterior. Estaba decidido a no dejarme devorar por unos muebles, después de haber obtenido tan señalado triunfo sobre los murciélagos de mi casa paterna. Ama Maricrú me había informado que también me pertenecía el cuarto de vestir que se comunicaba con el dormitorio. Todo lo miré con una desconfiada calma: la cama de cuatro postes sin cenefa ni rodapié, la mesa de noche con su mariposa de aceite, la percha de pared con su espejo opaco, un reclinatorio ^{de} en almohadoncillo de cuero bajo un San Luis Gonzaga con cara de buen muchacho. ^{Parece} En el cuarto de vestir encontré una cómoda, un ropero de doble hoja y un bargueño demasiado grande para mi hatillo de estudiante. Mis escapularios, mi cuchilla, mis trompos del algarrobo estaban en el cajoncito de invención del ropero. Cuando separé la tapa del bargueño, encontré que una mano pia-

disa, había colocado bajo los ajimeces del calado, el retrato de mi padre y una miniatura de mi madre. También estaban allí el diario de mi terror infantil y mi libro favorito: "A través del desierto" de Enrique Sienkiewicz. El bienestar que me produjo ver respetados los símbolos de mi niñez, me hizo caer de bruces sobre el lecho.

Por la tarde, tomé posesión del jardín y del patio. Me gustó más el patio que el jardín, separados ambos por una verja de madera disimulada por un modesto bosque de cañilleros. El jardín tenía su fuente de tres tazones y su niño de bronce con pez de chorrito, dos medias lunas de hierro con espaldar de hojas de parral y patas de vid y veinte reatas de tierra negra colmadas de rosas blancas. Todo aquello le resultaba demasiado mujeresco a mi impulso de conquistador de medio calzón.

El patio, sin embargo, era magnífico, con su parral de uvas negras y su parral de uvas blancas; ^{su} bancos de piedra; sus árboles frutales, luciendo grande barba de patriarcas; su huerta casera, vigilada por los graciosos limoneros, sus jaulas de aves enceladas del airoso castillejo del palomar; su pequeño alambique oloroso a cereipo y a malagueta; su pesebrillo de tijereta; su cochera en-

calada y su pavorreal desterrado por tener la lengua demasiado sucia. Los granados ponían a temblar bajo los rayos del sol las dulces gelatinas de sus pepitas y los guayabos embalsamaban el ambiente con sus apetitosos olores. Solo las abejas, las palomas de la casa y las reinitas del pueblo, tenían acceso a aquel paraíso urbano, rodeado por unos paredones de mampostería, por encima de los cuales, no hubiera podido asomarse, ni el ojo de un gigante.

Apesar de la seguridad que ofrecía mi pequeño paraíso, decidí convertirme en guardian de aquel mundo que antes solo había visto aparecer en "Las Tardes de la Granja". De viejo sabía que los males le salen al hombre debajo del pié confiado. Para no darle la menor oportunidad a la mala suerte, escudriñé implacablemente toda la tierra, tratando de descubrir cualquier resquicio, por donde pudiera colarse una de aquellas misteriosas alimañas que me habían dejado huérfano a la edad de diez años. No había un solo hormiguero en el jardín, en el patio o debajo de la casa. Parecía que esa humanidad aparte que constituyen los jueyes, había huido despavorida de la destreza de la mano del jardinero. Toda la tierra estaba unida en ese medio florecer que tiene

la heredad bien cultivada. Hasta el estiercol del pesebrillo estaba puesto a secar, en unos barriles chatos.

Un campanillazo que estremeció el portalón del fondo, me arrancó del primer ensueño de poseedor que había tenido mi niñez. Tan ensimismado estaba ^{ante} ~~en~~ aquel mundo prolífico, puesto a madurar bajo el cuidado de mi antojo, que no pude darme cuenta cabal de lo que pasaba. Solo cuando ví al cochero correr como una chiringa que se va de silga, y ví aparecer por la galería a toda la servidumbre abotonándose las morillas del justillo y de la chambre, me dí cuenta que algun intruso, con autoridad de espíritu infernal, había penetrado en mi pequeño paraíso. Buscando la enemistad de la vida en el fondo de la tierra se me había olvidado explorar el fondo del éter. Una imagen extraña apareció flotando entre los eteres maduros del crepúsculo. Era una jineta de jubón perla y falda gris abotonada en forma de campana; tenía los brazos enguantados hasta el codo y polaina negra a media pierna. Su rostro estaba cubierto por un velo prendido de una pámela de paja italiana. Con una mano gobernaba una alazana cuadrada de morros hirvientes y con la otra sostenía un quitasol re-

dondo de varillas relucientes. ¿Quién era aquella mujer que todo lo ponía a temblar a su paso? Para ser uno de esos seres alados que habitan el fondo del éter, resultaba demasiado ~~tanquillo~~ ^{curiosa}. Sus formas no cabalgaban sobre la grupa de las nubes, ni se apoyaban en los cogollos crecederos, ni desaparecían con el temblor de las aguas. Temblando bajo el peso de un presentimiento, me acerqué a doblar la rodilla para desmontar a la intrusa, como lo había visto hacer a los romeros de la Virgen del Carmen. Pero de un salto, la jineta descendió de su cabalgadura con la destreza de una avezada caballista:

-Hola, sobrino, ¿como se ha pasado el día?-

-¡Tía Angela Serafina!-, murmuré entontecido.

-Tan pronto me asee, podremos cenar.-

El aseo de la dama constituía una especie de ritual en la casona. Las ollas de agua tibia y los granos de ^{las} sales aromáticas descendían a la concha de mármol, con el ritmo de un oficio largamente ensayado. Poco a poco, el olorcillo a limón y a guayaba ~~se iba~~ ^{era} que cederle los caminitos del éter a una fragancia más mujeresca: jabones de sándalo, lilas de Francia, polvos de arroz. Indudablemente aquella mujer sabía mandar mucho mejor que mi madre. Todos la obedecían cuando estaba ausente y todos la adoraban cuando re-

gresaba.

Sin embargo, todavía no la había escuchado levantar la voz. Tampoco había visto cruzar por su entrecejo ese relámpago que despide la persona malgeniosa. ¿Cual sería pues el secreteo de aquella voz suave y mesurada? Cuando penetraba por la puerta, el museo se convertía en una casa habitada por un ser soberano. Las bujías se encendían por su cuenta y los almohadones cambiaban de postura, desarrugando los últimos pliegues de ~~la~~ ^{la} sombra. La anochecida penetraba por las persianas con la graciosa prudencia del huésped que no quisiera molestar.

Caminando sobre el lomo de una hila, me fui a esperar a mi tía frente al retrato de la dama de los ojos tristes. Una onda de misterio se puso a temblar detrás de mis orejas. La sala grande estaba iluminada solamente por aquellos vasos votivos que llameaban todo el día. La boca voluntariosa de la dama había acentuado su desdén sobrehumano, como si quisiera mostrarme su menosprecio por mis cavilaciones de niño sabio. Aquella mujer estaba mucho menos muerta de lo que creía la servidumbre de la casa. Tal vez se había largado ~~una~~ ^{al} cieloraso para vigilarnos a todos, pero todavía su cara no se había ocultado entre las nubes. Esta anochecida la ha tomado conmigo. Se me esconde detrás del ocaso tenue o se me apronta fuera del

marco, cuando yo menos lo esperara. Yo la miraba fijamente, dispuesto a no dejarme vencer por un fantasma. Pero el fantasma estaba detrás de mí:

-Era muy hermosa, ¿verdad?- susurró una voz débil pidiendo permiso para hablar dentro de mis propias palabras.

-Muy hermosa tiene que haber sido- contesté yo, dándole acento completo a la desintegrada voz.

No era la primera vez que hablaba con un fantasma y por lo tanto no sentía miedo. Antes de morir mi padre sabía que los fantasmas hablaban desde el fondo de la barriga de quienes les escuchaban. Gracias a mi pequeña cultura de niño aterrorizado, ^{además,} sabía que los fantasmas tenían la costumbre de esconderse detrás de la cabeza de quienes los miraran. La cuestión era mirar con lo menos con que se pudiera ver. Empecé a mover la cabeza con los ojos cerrados y por entre las pestañas, vi una figura de cera cestida de dama antigua, una falda de moaré ahuecada por una crin de caballo, sostenida por dos chapines de raso; un poco más arriba, había un jubón recamado ^{con} ~~por~~ guarniciones de canutillo del cual pendía un portabanico de azabache con pericón de plumas negras; ví unos mitones de encaje apresando esos brazos indefinidos que tienen las

aparecidas; vi un rostro de mujer de ojos ardientes y boca contrita. ^{Mas} ~~Pero~~ sucedió algo contrario a las leyes que gobiernan el mundo de las apariciones: un primoroso pañuelo se acercaba lentamente a una lágrima que olía a pena de este mundo. Tal vez se trataba de una ánima en pena todavía en carne mortal cumpliendo su divino escarmiento. La idea que se tratara de una Paraiso mujer ~~en~~ todavía sin haber podido desprenderse de su envoltura carnal, me hizo abrir los ojos un poco atur-
dido. Tenía yo la buena crianza demasiado untada en la cintura ~~de~~ para poder hacer distintos entre mujeres de carne completa y ánimas en pena. Dejando la mitad del susto sentado en el sillón ~~de~~ me incorporé para rendirla el cumplido:

-Perdoneme, señora, pronto bajará mi tía. Sin duda se le ha olvidado la hora de las ánimas.-

Rió la aparecida con una volubilidad totalmente mundana y se colgó de mi brazo con la ligereza de una garza real que acabara de cruzar el pantano de una pesadilla. Su cuerpo era tan frágil que apenas hacía peso sobre mi brazo, Su perfume era maravilloso: olía a raso entibiado por el fulgor de un lucero. Solo cuando nos acercamos a la araña del comedor pude darme cuenta ~~de~~ que llevaba ~~la~~ colgada del brazo a mi señora tía doña Angela Serafina de la

Ribera y Monjil.

Cuando no sentamos a cenar, apenas probó bocado. Parecía que el melindre de los trapos se le había subido a la boca para anudarle el hambre con una cinta de terciopelo. Yo la miraba como si no la hubiera visto nunca. Apesar de que ya había tenido oportunidad de curiosear la sociedad de mis mayores por el ojo de la cerradura, nunca había visto a una mujer de tan impresionante belleza vestida con un gusto tan severo. Sin embargo, toda la majestad de su tocado no era suficiente para tragarse la tristeza de aquel rostro. ¿Donde se habría escondido la mujer altanera que había ordenado pegarle fuego a la casa de mis padres? ¿Se habría quedado dormida entre las espumas de su concha de mármol, la misteriosa jineta de la anochecida? Con los ojos bajos, doña Angela Serafina de la Ribera y Monjil parecía una anunciación de la tristeza; pero tan pronto levantaba los ojos, una lumbre misteriosa nimbaba su figura; algo así como si mi tía llevara otra mujer por dentro, o como si respondiera a otra voluntad sepultada en el fondo de la tierra.

Por fin se la acercó el viejo de la noche anterior, que ahora se llamaba don Baltasarito Caneja:

-Ya es hora, señora.-

-He decidido ir sola al rosario de mi hermana.

Quédese usted acompañando al niño.-

-Se hará como la señora lo ha ordenado.- Con la misma fugacidad con que la había visto entrar, la ví abandonar el comedor. Por lo visto, sus pasos no sonaban nada más que cuando andaba vestida de jineta. A lo mejor tenía una manera distinta de andar para cada vestido y podía hablar de una manera diferente con cada par de guantes. No la ví salir de la casa, pero escuché el presuroso rumor de la servidumbre cerca del coche y un timbre que parecía más de viático que de tronco. Después, quedó ese hueco que deja el silencio cuando se alejan las aparecidas. ¡Hum! En aquella casa tal vez no se atrevieron a entrar los murciélagos, pero era indudable que los fantasmas entraban y salían a su antojo.

Don Baltasarito me tomó de la mano y me condujo a la biblioteca:

-¿Que le sucede a mitía, don Baltasarito?

-Nada que yo pueda decirte, niño. Hace veinte años que sirvo a la señora y siempre ha sido como es.-

-¿Alguna vez la ha oído usted reír?-

-Nunca.-

-¿Alguna vez la ha visto usted llorar?-

-Tampoco.-

-¿Usted la oye cuando se ^{le} acerca?-

-Casi nunca.-

-¿Sabe a donde va cuando se separa de usted?-

-Menos que tú.-

El viejo se calló en el mismo instante en que yo empezaba a parar la oreja. Algo del mutismo de la señora se le ha pegado a este viejo membrudo y monosilábico, con fundillo de guajana y ojera de alquitrán, acostumbrado al arado de clavija y a la aritmética de mechero. Pero yo estaba demasiado trémulo para que se me escapara la voz tranquilizadora del lepe:

-Don Baltasarito....-

-¿Otra vez, niño?-

-¿Cree usted que esta casa es segura?-

-Si que lo es.-

-Sin embargo, en esta casa pasa algo extraño.

Hay una señora que vive entre la pared y se asoma por un retrato.-

-¿Cual retrato?-

-Uno que está en la sala grande, don Baltasarito.-

Don Baltasarito Caneja caminó hacia la sala con su cachaza de viejo amarrada a la espalda. Estaba en esa edad donde los viejos no creen en nada pero tampoco se atreven dudar de nada. Nada de extraño tendría que una mu-

Parado
jer viviera escondida entre la pared. En cada familia había una leyenda de terror, esperando su turno de milagro. No era el primer caso donde él había tenido que ir al cementerio a desenterrar un muerto de aquella familia, para percatarse de que no había resucitado. Cuando se mudaron los restos al nuevo panteón, encontró al primer Monjil intacto después del quinto año de exequias. El médico certificó que había muerto unas horas antes de la exhumación. Una de las abuelas de la casa la había encontrado de espaldas dentro de la caja, con el raso interior destrozado por unas uñas que habían manado sangre. El padre de doña Angela Serafina lo habían encontrado también intacto, pero al agarrarlo por las axilas, se había deshecho en un montón de cenizas. Después de aquel descubrimiento, a todo el que moría en la familia le cortaban la aorta, para librarlo de los horrores de la catalepsia. Pero cuando vió el retrato de que se trataba, el viejo ^{sonrió languileado;} se cuadró ante la dama con la genial socarronería del cicerone dispuesto a descorrer la opaca veladura de un misterio:

-No, a esta la enterré yo mismo y me consta que iba bien muerta- ~~me moría totalmente tranquilizado.~~

-¿Quien es esa señora, don Baltasarito?-

-Esta era tu tía- abuela doña Agueda Leonor Monjil y Pérez, tía y madrina de la señora. En el pueblo la conocían por "la francesa".

-¿Como era ella, don Baltasarito?-

-También le mandaba a pegar fuego a la casa donde moría alguien de la familia.-

-Yo le pegaré fuego a esta casa cuando muera mi tía.-

La ocurrencia infantil acabó por disipar la nube pequeña que había asomado a la cara del viejo; ⁹ quiso reír, pero de pronto se dió cuenta ~~que~~ que a él se le había olvidado como reía la gente. Volvió a tomarme de la mano y caminamos de nuevo hacia la biblioteca, cada uno hilando su hila. Por lo visto el viejo no me había hecho caso ~~pero~~ pero a ello estaba yo acostumbrado desde que la comadrona ^{me} ~~que~~ cortó el ombligo.

Algunos de los libros de la biblioteca de mi tía ~~me~~ parecían haber esperado un cuarto de siglo por la mano de un niño. Al lado de las novelas del Padre Coloma había ~~muchos~~ muchos libros profanos ^{además} pero ~~también~~ había libros de viajes e historias de ciudades. Don Baltasarito extrajo del bolsillo el último número llegado a ultramar ~~de~~ de "El Correo de Bilbao" y no tardó en sucumbir a esa lectura apacible que solo conoce el casinista de pueblo. De cuando en cuando me miraba ~~como~~ como oveja confiada a rabadán. Yo, por mi parte, decidí ~~a~~ marcharme ^a ~~hacia~~ la China ^{en compañía de} ~~con~~ Marco Polo. Pero no podía leer:

-Don Baltasarito, ¿es verdad que los niños molestan?-

-No lo creo.-

-Temo molestar a mi tía al vivir a su lado.-

-No comprendo por qué tengas que molestarla.

Procura hablar poco; eso te lo agradecerá la señora siempre.-

-¿Por qué, don Baltasarito?-

-Esta es una casa donde se habla poco.-

El consejo volvió a atascarme una de las rueditas del juicio, Por lo visto yo pertenecía a una familia de sonámbulos. En mi casa paterna nadie hablaba con nadie, tal vez para no tener que hablar de la ruina de la casa. Pero aquí ~~la~~ abundancia se asomaba hasta por los ojuelos del pan de pasas. ¿Tendría mi tía un pacto para compartir su casa con algun fantasma? ¿Como se podía vivir sin hablar? El tonto del pueblo se pasaba horas enteras sin hablar con nadie, pero de tanto sonreírle a la gente ~~tenía~~ tenía la cara medio idiotizada. Ahora yo tendría que aprender a hablar por dentro y a permanecer horas enteras sentado en la misma postura ~~para~~ para no pisarle la cola a las aparecidas. Nada de extraño tendría que cada mueble tuviera un fantasma asignado. Por lo menos en el sillón en que me había sentado, *hasta entonces* nadie me había pellizcado.

Una fámula con paso de gata empezó a apagar las luces de la sala grande. Otra vez volvieron los muebles a hundirse en el piélago de la sombra. Afuera, solo ar-

dían los fanales de la galería y una de esas lunas envueltas en telarañas que se descuelgan en los noviembrés, Don Baltasarito ha doblado su periódico, me ha hecho un vago gesto de saludo y poco a poco ~~se~~ ví como desaparecía por el fondo de la galería. ¿Cual era la razón para dejarme solo?

La razón era esta dama vestida de blanco, casi descalza dentro de unos escarpines de tafetán chino con plantilla de felpa, que se había colocado imperceptiblemente detrás de mi mecedora. Lucía una bata blanca con una espejeante botonadura de nácar que ceñía su figura desde el escote romano hasta el cuello. El talle desaparecía bajo dos cascadas de encajes de bolillo que se despeñaban desde sus hombros. Esta vez ya sabía que era mi tía doña Angela Serafina. La que se había volatizado, era su cabellera castaña, ~~ahora~~ aprisionada en dos trenzas cándidas, Nada en ella recordaba la arrogancia de la jineta o la majestad de la penitenta. Parecía imposible que de ~~las~~ ^{sus} anteriores imágenes, hubiera podido emerger esta mujercita tan menuda, tan frágil, tan indefensa. Sentí una mano ~~tan~~ suave como las plumillas del buche de una paloma, posándose sobre mi hombro:

-¿No tienes sueño todavía, sobrino?-

-No, señora; ^{este} libro...-

-Lee cuanto quieras. Yo también necesito leer un poco antes de acostarme.-

Aquella señora sentada frente a mí, era mi tía doña Angela Serafina de la Ribera y Monjil, pero yo estaba seguro que no tenía espalda. No se había recostado una sola vez desde que se había sentado; tenía que sujetarse la cabeza apoyando el mentón en el puño para que la cabeza no le rodara por el suelo. Yo la escuchaba repetir vagamente con los labios ^a todo cuanto leía, como si tuviera que darle cuenta ^{de lo que leía} a alguna persona escondida dentro de ella. ~~de toda manera~~ ^{si la miraba} Cuando tenía que mirarla, sus ojos resucitaban inmediatamente y sus labios me sonreían. Cuando yo leía, ella se largaba hacia un mundo que debía estar más allá de la herrería de los Montesinos. Estaba seguro que tan pronto yo abandonara la sala, ~~ella~~ caería desvanecida al suelo. Era mi calor de niño quien la mantenía viva.

La verdad era que tenía mucho sueño. Tres veces me había puesto saliva detrás de la oreja, pero ya no podía evitar que los ojos se me viraran hacia adentro, hacia ese mundo de un solo color ^a que se mueve como las nubes, donde desaparecen todos los cuerpos cromáticos. Todavía sentía una mano despierta pero no encontraba ^a donde agarrarse. ¿Que pasaría ahora? Casi nada. Todas

las cosas rodaban a un abismo y yo solo contaba con un codo para sostenerme. ¡Contra, que salto! Menos mal que caí de cabeza sobre un cielo de guano.

El caso de mi tía doña Angela Serafina de la Ribera y Monjil tenía que ser consultado con el chifletas del Callejón del Ahorcado. Yo no tenía dudas que en el mundo habían fantasmas. Yo mismo los había visto; pero eran fantasmas honestos, fantasmas que se escondían detrás de las puertas, hasta que uno pasara o se acurrucaban debajo de la cama, hasta que uno se durmiera. Si alguien se tiraba un grito, se colgaban de la percha como una paraguas entreabierto; si sentían el olor de la tila, huían desparvoridos entre las ondas del mosquitero. Más esto de ser mujer por el frente y fantasma por la espalda, yo no lo había visto nunca.

Encontré al chifletas limpiándose las legañas de su última guarapeta. El digno maestro me escuchó con la tierna sabiduría que tiene todo aquel que ha caminado por la vida, dando traspiés entre la realidad y el misterio. Aunque él conocía gente que aseguraba haber visto cuerpos sin cabezas y brazos sin cuerpos caminando por las madrugadas, el chifletas no creía en fantasmas. Si los fantasmas poblaran el aire, el hombre no podría respirar. El nun-

ca se había sentido trabado por los brazos sino por los pies, de lo cual deducía que los enemigos del hombre estaban en la tierra y no en el aire.

Habiendo meditado el asunto, el chifletas concluyó que el caso de mi tutora, era un simple caso de hechicería. El cuerpo humano podía ser trabajado desde afuera por una voluntad malefica, sin necesidad de dejarlo hueco por dentro. Ese era el trabajo del hechicero. Generalmente el hechicero no podía trabajar sin tener un ojo puesto encima del hechizado pero podía depositar sus sustancias mágicas en algun cuerpo señalado en el libro negro. Debía tener cuidado con los nudos de las maderas y con los ojos de los santos. La cuestión era descubrir donde estaba el filtro de la hechicería. Los hechiceros trabajaban con las resinas y las espelmas porque a través de ellas, podía mantenerse vivo el ojo del mal. Cuando yo tuviera un enemigo, todo lo que tenía que hacer para destruirlo, era ponerle a caminar debajo de su casa un juey azulado, con un cabo de vela encendido sobre el casco.-

Yo regresé a mi casa dispuesto a buscar el filtro de la hechicería, donde quiera que estuviese. Empecé por la antesala, buscando cualquier ojillo asomado por el bejuco de Viena o por los espirales de los veladores de

mármol y no encontré ninguno; después, miré dentro de los pampanillos de una lámpara de flecos y en los candelabros de los velones, sin encontrar señal alguna de maleficio. Esta sala se encontraba bajo la protección de una Santa Genoveva que acariciaba la frente de un gabacho herido, pero felizmente la santa miraba hacia el cielo y por lo tanto, su ojo no podía guiñarle a ninguna forma humana.

La sala grande tenía tres consolas orientales con patas de dragones; mas las descarté pensando, que el ojo del animal no podía transmitir ningun hechizo a una dama cristiana. En el centro había una araña de cristal, de siete brazos con catorce guirnaldas de lágrimas. Los aros de las luces no permitían que la espelma se derramara y según me explicó la fámula de la noche anterior, solo se encendía en las grandes ocasiones. Estuve un largo rato frente a un muñequero dorado, con pequeños bustos de bronce y de jade. Los miré desde todos los ángulos imaginables, sobre todo, a un Napoleón metido debajo de un tricornio de guardia civil, pero sus ojos me parecieron tan tristes, que decidí no imaginar cosas sucias de un hombre que parecía tan desgraciado. Los otros tenían los ojos ciegos y apenas se les distinguían las pupilas. En

esta sala era donde estaba el retrato de mi ~~abuela~~ tía ^{abuela} doña Agueda Leonor Monjil y Pérez, ^{cuyo} del ~~quien~~ ^{cuyo} recelaba profundamente, y el pajarito mecánico que la servía de pregonero. Aunque no me atreví a meterme con la señora, obligué al pajarito a cantar todas las horas del día en menos de un cuarto, para sorprenderle su juego diabólico. El pajarito siempre miraba hacia las cornisas y visto de cerca, resultaba bastante ingenuo.

La sala familiar donde solía leer mi tía, no tenía más ojos que los ojos inclinados de una copia del Cristo de Velázquez, un Cristo cabecibajo, pestañado, capaz de entrarle a cintarazos a todos los hechiceros que en el mundo se han atrevido ser. Allí todas las luces estaban al alcance la mano, y bastaba darle un tirón a la ruedela para hundir el ojo del mal en el aguaviva del petróleo. La silliería parecía hurtada a un cuarto de intendente y ~~al~~ único escabel que había en la sala, le habían quemado los ojos para que las señoras pudieran sentarse ~~allí~~ con toda confianza. Examiné una estantería de palo de rosa con dos castillejos forrados de peluche en el interior, pero ^{mis} ^{mis} que me asomé por sus almenas, solo descubrí unas ediciones de lujo de los románticos franceses. Por muy grande que fuera mi novelería, no tuve más remedio que darme cuenta que vivía en una casa, donde las

personas que la habitaban habían destruido cuanto filtro de hechicería pudiera alguien imaginar. La lija de los carpinteros se había comido hasta los granitos mas menudos de las maderas.

Por la tarde vino a verme el señor Juez Letrado de Primera Instancia, acompañado de un escribano. Yo les concedí audiencia bajo el parral de uvas negras. Era el señor Juez una de esas aguilas de pico encorvado y mirada vidriosa, acostumbrada, a cazar en el aire todo disimulo:

-Tiene usted el deber de informarme si se encuentra a gusto en esta casa.-

-Me encuentro perfectamente a mi gusto, menos...-

-¿Menos que? ; conteste el pupilo.-

-Debo informar a ustedes que en esta casa hay fantasmas.-

-¿Cuantos ha visto el pupilo?-

-He visto uno vestido de azafata con uñas de urraca; otro vestido de blanco con trenzas de pastora. Me consta que mi difunta tía abuela doña Agueda Leonor, toma prestado el cuerpo de mi tía doña Angela Serafina, para caminar por la casa.-

-¿Siente usted miedo?-

-Nunca, señor. Yo solo le tengo miedo a los monstruos que habitan en el fondo de la tierra.-

-¡Ah vamos!-

El curial estaba profundamente divertido; ví que trataba de ocultarme su bigote untado de risa, pero yo lo estaba mirando fijamente, Por fin me arriesgué:

-¿Es verdad que los fantasmas hablan desde el fondo de la barriga?

-Solo cuando toman forma de lombrices. Consigne usted, señor Escribano, que el niño padece de las alucinaciones propias del lombricero. Extienda prevención otrosí, más de estilo que de providencia, sobre la conveniencia de poner al pupilo bajo tratamiento de jeringa o pildoras amargas y en compañía de persona adulta que ~~le~~ vaya explicando los misterios de la creación, amen de cargar la mano en angeles custodios.-

-Pero suted, ¿no nos puede dar protección contra los fantasmas? Temo por mi tía.-

-Mi estimado niño, yo conozco un poco el carácter de su tía, la estimada y estimable señora doña Angela Serafina. ¡Desgraciado del fantasma que osara penetrar en esta casa! Señor Escribano, consigue usted que el pupilo ha saludado al representante de la Real Audiencia, con media reverencia, reservando la completa para los representantes de la Real persona.-

Visto queda que el hombre mientras más grande de plas-

trón más pequeño de entendedera. Para lo único que hubiera servido la visita de aquel avechuchu, hubiese sido para apostar un alguacilillo con campana y gorgona, frente al retrato de doña Agueda Leonor. Por lo visto ^{así mismo de los pantalones} tendría que resolverlo yo, yo solo; o tal vez ^{le daría que} en compañía de Ama Maricrú. Aquella vieja tenía que saber más de la maña de un hechicero que la esclava Lucía; solo que ^{le daría que} hablarla tirándole zancadillas a su malicia. Me fuí a buscar la vieja al fondo de la ropería, por haber observado que era la patrañera hartto hacendosa:

-Ama, los hechiceros, ¿donde viven?-

-En las fojas de los libros, galán.-

-¿Usted sabe si las lombrices son cosa de hechicería?-

-Se lo preguntaré al carnicero a ver lo que me dice.-

-¿Con que se curan las lombrices, ama?-

-Con pan de azúcar.-

La vieja trataba de sonreír detrás de los ojetes de su llavero, pero yo sabía que el ama no se sentía tranquila. Una cosa era la hechicería y otra cosa eran las lombrices. Con la hechicería bregaba la Iglesia y la espada de los señorones, pero las lombrices eran tarea de dueña. Me palmó la barriga con unos dedos capaces

de ensortijarse en cualquiera anilla blanca:

-Esta noche te velaré el sueño, galán.-

-Mejor será que se lo vele a esa bruja de
doña Agueda Leonor.-

-¡Niño!-

Creo que he dicho uno de esos sacrilegios que
nadie antes se había atrevido a proferir, en la
casona de la doña Angela Serafina. La vieja tem-
blaba como una hoja de yagrumo al filo de barranca,
~~pero~~^{mas} poco a poco vi como se iba reuniendo en sus
ojos pequeños la tierna sabiduría de su ancianidad.
Con una sonrisa misteriosa me condujo frente al
retraro, que la noche anterior había sido objeto de
un vago acto de encantamiento. Tomó espelma de los
vasos votivos y se santiguó devotamente:

-Niño, alguna vez en la vida hay necesidad de
pensar en una persona buena, muy buena, que han visto
los ojos de una y que si no la hubieran visto los ojos
de una, no pudiéramos creer que alguna vez hubiese
existido. Así era esta señora. Yo era nada más que una
sirvienta, pero una vez que me dió el tifus, la veía
amanecerse en la estera frente a mi cama, cambiándome
ella misma con sus benditas manos la venda de la frente.-

-¡Ama!-

-No le tengas miedo al ser más bueno que ha existido sobre la tierra. Si alguien pudiera sentir la mano de los muertos, ya habrías sentido tú, desde el momento mismo que entraste en esta casa, la mano de esta señora acariciándote los cabellos.-

-Comprendo, ama.-

-Cuando ella murió, yo quise ^{morir} también como murieron otros criados y peones viejos de la hacienda, ^Pparecía que el mundo se había quedado vacío. Pero había una señorita que cuidar, aquella señorita a quien la señora le alisaba los cabellos todas las noches. Puse tres avemarías en cada camándula para que Dios me quitara de los ojos aquella gana de muerte. Yo no podría morir mientras la señorita viviera. Ahora tampoco podré morir, hasta que tú no tengas mujer e hijas que cuiden de tí.-

-Perdóneme usted, ama.-

Nos quedamos un largo rato apretujados el uno contra el otro. El ama lloraba mansamente mientras yo contemplaba el retrato de doña Agueda Leonor Monjil y Pérez. Por un momento creí que alguien había descolgado el anterior retrato y había colgado otro en su lugar. Ahora me daba cuenta como podía la hechicería trocar a su antojo la imagen de una dama virtuosa en la imagen de un ser demoníaco. Tal vez lo mismo me había sucedido con toda la casa, con aquel museo ^{encerrado} ~~encerrado~~ entre

las opacidades de los persianajes y las luces bajas.

Ama Maricrú tenía la buena costumbre de ahogar la melancolía de los galanes en una gran naranjada con cascarillas de frambruesa. Además, aquel día había sucedido ^{algo extraordinario: nacieron} nueve guineas en uno de los nidales del patio. Hasta el cochero interrumpió el lustrado de sus arneses para contemplar el inusitado espectáculo. Las dos fámulas me aseguraron que el nacimiento había ocurrido porque ahora vivía un niño dentro de la casa. Cuando al anochecer llegó la jineta de la casa, yo la conduje de la mano hasta el nido de la cenicienta. Al inclinarse la dama, vi, por primera vez, al gusto de mis ojos, una espalda fuerte empapada de ese sudor que solo conoce el cuerpo del ser hacendoso. Dando un salto alegre me encaramé por ella, como por una de aquellas escaleras que enantes utilizaba los copleros, para subir al cielo.

Por otras ocho noches, tuve que quedarme con don Baltasarito. Más ahora no lee en "El Correo de Bilbao" sino en "El Heraldó Español". Todas estas noches Ama Maricrú ha estado a los pies de su galán, doblando barquitos para la escuadra española. El viejo regongaba bajo los santos y señas, las arengas y los abordajes que se produjeron durante las ocho batallas; pero a pesar suyo, alguna que otra vez, sus turbios ojos de conjurado seguían el juego del ama. Ama Maricrú resultó una estratega

2

1 ~~7~~
al pere
cio.
rodie
rodia
Saver

~~adentro~~ las costillas. No había quien pudiera con la embelequería de aquella doña. Tanto estuvo detrás del monstruo, hasta que un día el monstruo amaneció muerto en la superficie de unas aguas negras. Viéndolo tan pequeño, yo me sentí profundamente defraudado.

Concluidos los sufragios, tuve que reengancharme en el servicio nocturno de la velada hogareña. Sin ninguna marcada violencia, pude acomodarme al estilo de tertulia que tan grata había de resultarle a mi tía. Advertido por don Baltasarito, hacía todo lo posible por que mi tía no tuviera que dirigirme la palabra. Aquella tertulia de una dama vestida de blanco con un niño vestido de blanco, nos unió más de lo que nadie hubiera podido esperar. Comíamos silenciosamente, cada uno masticando su mundo; paseábamos juntos por la galería, algunas veces hasta cogidos del brazo, pero sin mudar palabra; mirábamos en el Kaleidoscopio estampas de la ciudad Santa, de las ruinas de Pompeya, del museo de Florencia, sin glosa ni aspaviento. Leíamos juntos; ella sus tratados de botánica, sus fundamentos de mineralogía y hasta algunos rudimentos de geología; yo, libros de viajeros, historias de ciudades, novelas de Tolstoi, de Balzac, de Emilio Zola, de Alarcón, hasta

las primeras novelas de don Benito Pérez. Aquella lectura tal vez demasiado fuerte para mis años, me obligó a penetrar en un mundo distinto a aquel en que hasta entonces había habitado mi novelería de muchacho.

La imposibilidad de preguntar sobre lo que no entendía, me impuso el método de razonarlo todo para mí, cosa que hubo de restarle a mi persona con el correr de los años, ese lindo artificio que tiene siempre a mano el polemista, para lucir su ingenio frente a quienes le escuchan. Para dar por terminada nuestra tertulia, habíamos logrado simplificar el protocolo hasta la exageración: cuando ella se retiraba antes que yo, me ponía silenciosamente en el velador un guineo y un vaso de leche; yo me incorporaba y le besaba la mano; ella se inclinaba y me besaba la frente. Cuando yo me retiraba antes que ella, el mismo beso en la mano y en la frente, acompañado de un campanillazo para que el manzano y el vaso de leche fueran a esperarme a mi mesa de noche.

Sin embargo, algunas noches que no podía conciliar el sueño y tenía que hacerme el dormido para que ella se acostara, sorprendí a mi señora tía inspeccionando las cerraduras de mis persianas, subiéndome el

embozo de las sábanas y apagando con su soplo de fantasma, la mariposa de aceite. Antes de retirarse, se arrodillaba frente a mi San Luis Gonzaga, temerosa de mis propios olvidos de pecador. Por estos pequeños detalles me dí cuenta, que mi señora tía me había cobrado bastante más cariño que el que solía demostrarme en nuestras silenciosas tertulias de la prima noche, pero que era mujer que no podía desmontarse fácilmente de su cabalgadura, para meterse a dama sensiblera.
